

Historias del Padre Pérez

Donde se relatan los sucesidos y hechos que llevaron
al Padre Pérez a la convicción de que esta
vida llamada religiosa no es tal sino prodigiosa

Por el Observador Impenitente,
buen amigo y amanuense del Padre Pérez

Introducción

No me voy a alargar en esta introducción, porque lo más interesante de los libros está en su contenido y las introducciones, la mayor parte de las veces, sólo sirven para despistar y alejarnos del placer de la lectura tranquila del libro. Pero sí me parece que debo dar alguna explicación de lo que a algunos pueda parecer quizá una crítica demasiado dura a la vida religiosa.

Decía uno de los protagonistas de la película “Tierras de Penumbra” que leía para saber que estaba vivo. El autor de estas líneas puede decir que escribe para saber que está vivo, que lo que vive día a día, aunque lejos del discurso oficial sobre la vida religiosa, tiene también realidad, es consistente. La experiencia que da el haber formado parte de la vida religiosa por más de un cuarto de siglo confirma la distancia entre el omnipresente discurso oficial sobre lo que “es” la vida religiosa y la realidad que vivimos día a día los hombres y mujeres que pertenecemos a ella. Para saber que estamos vivos y que no somos sombras, necesitamos elaborar nuestro propio discurso, necesitamos salir del lado oscuro de la historia para que la luz nos dé la realidad que oficialmente se nos niega.

¿Se trata, entonces, de negar todo lo que oficialmente se dice sobre la vida religiosa? En absoluto. Más bien se trata de dar a aquel discurso su auténtico fundamento: el de la vida real de los religiosos. Sin él, no pasará de ser un discurso vacío que nunca llegará a tocar, ni siquiera rozar mínimamente la vida, el lugar real donde se cuece la vida religiosa, el seguimiento de Jesús en esta forma o estado de vida en la Iglesia.

Estas páginas no son más que el fruto de la reflexión de un religioso que todavía cree, aunque poco, y que, sobre todo, a pesar de las dificultades por las que actualmente pasa ese estilo de vida, mantiene abierta la esperanza en el futuro de Dios y por eso cree firmemente en el futuro de la vida religiosa. Lo que pasa es que, en lugar de escribir un aburrido ensayo, el autor ha tratado de poner esa reflexión en historias. Quizá así sea más ameno, consiga mejor su objetivo de comunicar y, también por supuesto, logrará ser más cercano a la vida real.

Al autor le gustaría que estas historias fueran un desafío, pequeño por supuesto, para los teólogos de la vida religiosa. Hablan de la realidad concreta, del día a día experimentado y vivido por miles y miles de religiosos y religiosas. ¿Qué mejor punto de partida para hacer una teología de la vida religiosa? Ya está bien de teologías que caen desde arriba como chuzos de punta y que nos golpean aumentando sin cesar el sentimiento de culpa por lo que no somos ni podremos ser nunca y deberíamos ser según esos teóricos. ¿Por qué no intentar una teología diferente? El guante está lanzado y a la espera de que algún teólogo atrevido lo recoja.

El protagonista de estas historias, el Padre Pérez podría ser cualquiera de nosotros. Ha tenido, como todos, días buenos y días malos. No ha sido un religioso modelo, pero a pesar de las dificultades ha tratado de ser fiel. Habla de su vida, de lo bueno y de lo malo, sin vergüenza y con cariño, porque es auténticamente humano y comprende que la mayor pobreza de la vida religiosa no es la oficial del voto sino la pobreza humana que toca tan profundamente a la humanidad toda y de la que, por supuesto, la vida religiosa no iba a escapar.

No hay que pretender poner nombres a los diversos personajes que aparecen por estas historias. O quizá sí. En cada congregación u orden encontraremos muchos que se ajustan a estas caricaturas aquí presentadas. Se nos puede escapar una sonrisa al pensar en el padre tal o en lo que pasó en aquella reunión de nuestra provincia o de nuestra comunidad. Pero, ya va a ser el último pero, procura, lector, que tu sonrisa vaya siempre acompañada de mucho cariño. Porque sólo el amor fraterno, de corazón, salvará la vida religiosa y, de paso, nos salvará a nosotros.

1. Del primer encuentro del Padre Pérez con el poder

Nuestro hombre, o casi mejor decir nuestro Padre, estaba en una de esas edades indeterminadas y peligrosas en las que el demonio meridiano ataca sin compasión. Allá cuando empiezan a salir las primeras canas y los conocidos, con una pizca de lástima en la voz, nos dicen que todavía parecemos jóvenes. Llevaba ya los suficientes años ordenado de sacerdote como para parecer viejo a los que estaban a punto de ordenarse y joven a los que ya deberían haber pasado el relevo a la siguiente generación hacía unos años pero que todavía no querían soltar las riendas del poder. Podríamos decir que nuestro Padre Pérez pertenecía a esa generación X, sandwich o intermedia, que de muchas maneras se llama. Todavía aprendió algo de latín en el seminario pero no tanto como aquellos que desde sus alturas de dignidad y edad lo veían como joven. Su edad y estilo ya no eran las de aquellos mayores pero tampoco tenían nada que ver con esos niños que se acababan de poner la primera casulla de su vida y ya iban por el mundo con alzacuellos romano en cuanto se presentaba la mínima ocasión.

El Padre Pérez era de la generación que no se lo había puesto nunca. Su curso fue el primero que hizo la primera profesión sin sotana. La ceremonia de imposición del hábito que algunos años antes se había trasladado del comienzo del noviciado al día anterior a la primera profesión, fue suprimida a partir de aquel año. Sencillamente. Sin pena ni gloria. No se dieron grandes razones teológicas. Bastó decir en un comentario de recreo que para qué se iban a hacer hábitos si luego no se iban a usar nunca. Nadie se hizo problema. Pero fue un signo claro y distinto de la ruptura con un pasado que solo habían conocido por referencias, que se les hacía ominoso y oscuro y con el que, aún sin tener muy claro el por qué, no querían tener nada en común. En las ceremonias que vinieron años más tarde y que tanto abundan en la vida del

seminario, un alba ocultaba convenientemente una laica corbata pedida a algún compañero para estar un poco más presentable el día de los hechos. Porque el hábito habitual consistía apenas en unos vaqueros y un jersey en invierno o una camisa de manga corta en verano. Y si los vaqueros estaban un poco gastados, pues mejor.

La generación del Padre Pérez fue educada teológicamente con autores como Rahner, Schillebeeckx, Küng y otros apellidos alemanes de difícil pronunciación. Dejaron de lado totalmente a santo Tomás y otros autores más tradicionales a los que sólo conocían por las críticas que los profesores les hacían en clase, constituidos así en espectadores de una guerra que no era la suya. Una guerra entre dos teologías en la que ellos se encontraban como refugiados civiles pillados entre dos fuegos. Allí aprendieron las primeras lecciones de supervivencia en medios hostiles que tan útiles les iban a ser en los años venideros.

Alguno se preguntará porque seguimos llamando al Padre Pérez, “Padre” Pérez. Tenemos que aclarar que siempre fue Paco para los amigos. Pero, como cronistas de su vida, queremos tratar a este personaje con el respeto que no le brindaron los que con él convivieron. Porque para sus superiores, educados en la mejor tradición paternalista, antidemocrática y de intriga palaciega de la Iglesia, ni él ni sus compañeros de curso pasaron de ser “esos chicos”, mientras que para los más jóvenes nunca llegaron a ser más que “esos tíos”. Por eso, con el mayor de los respetos el Padre Pérez seguirá siendo a lo largo de esta crónica de su vida “Padre” mientras que todos los demás “padres” que salgan en ella, no alcanzarán nunca la suficiente categoría como para acceder a la mayúscula, que se reservará exclusivamente al Padre Pérez.

Como cronista anónimo de la vida del Padre Pérez, debo hacer una última aclaración antes de comenzar esta desordenada exposición de algunos de sus hechos principales. Es verdad que me unió una cierta amistad con el Padre Pérez. El destino y los superiores nos llevaron a compartir algunas de las curiosas anécdotas que aquí se contarán. Pero no quiero que mi nombre enturbie la clarividencia y sabiduría sencilla y humana que caracterizó la vida del Padre Pérez. Por eso mi voluntad de

permanecer anónimo, como mero notario de los casos y cosas que sucedieron al Padre Pérez.

Pero vamos al primero de esos casos, aunque no lo sea en el orden cronológico. Si algo caracterizó el modo de ser del Padre Pérez, es que se movió siempre entre la ingenuidad, el sentido común y la falta de tacto político. Por eso a menudo le costaba entender los segundos sentidos e intenciones con que tantas personas suelen hablar. Así sucedió en su primer destino, recién salido del Seminario y recién ordenado de sacerdote, todo a la vez. El que escribe estas líneas había sido destinado poco antes a la misma comunidad, cuya principal misión era la atención pastoral a una parroquia.

El párroco, Gerardo de nombre, llevaba allí muchos años, lo mismo que el coadjutor y la mayoría de los miembros de la comunidad. La llegada reciente de dos “chicos”, es decir del Padre Pérez y del que esto escribe, recién ordenados había supuesto una auténtica revolución en la comunidad. Además, había habido más cambios. El superior también era nuevo en la comunidad, aunque ya entrado en años y rico de experiencia en la vida religiosa. Desde el primer momento supo que, si quería tener la fiesta en paz, lo mejor que podía hacer era respetar los poderes fácticos de la casa. Es decir, dejar al párroco y coadjutor que siguiesen cortando el bacalao. El Padre Pérez se dio cuenta de ello durante la primera reunión de comunidad a la que tuvo el honor de asistir. En ella el padre superior hizo un discurso más o menos como éste: “Queridos hermanos –el padre superior sí que era de la vieja escuela y les trataba con toda la reverencia tradicional–, en esta reunión tendríamos que buscar una solución para el problema que tenemos entre manos. El asunto ya es conocido y, como todos saben, es bastante peliagudo. ¿Cuál es su opinión, padre Gerardo?”

En ese momento, intervino el padre Gerardo, párroco eterno de aquella parroquia y que no había sido nombrado superior de la comunidad porque el derecho canónico todavía establece algunas cautelas que impiden la elección eterna del mismo superior y evitan así que la vida religiosa se convierta en una dictadura de hecho o si se prefiere en una democracia meramente formal. Claro que esas normas las sabían obviar los superiores provinciales nombrando por tres años a un superior de pega, éste era el caso de la comunidad del Padre Pérez, o cambiando al sujeto de comunidad para

nombrarlo superior en otra. Pero volvamos a nuestra historia. En ese momento, como decíamos, el padre Gerardo, superior fáctico de la comunidad, habló. Expresó su opinión. Y punto redondo. El resto de la comunidad guardó respetuoso silencio.

El Padre Pérez había pensado hablar y expresar también su opinión de lo que podemos colegir que no pensaba igual que el padre Gerardo. Pero el silencio comunitario creado después de la intervención del párroco fue tan pesado y compacto que sencillamente no se atrevió a romperlo con su verbo juvenil. Fue entonces cuando, por primera vez, se dio cuenta de que quien manda manda, que donde hay patrón no manda marinero y que el padre Gerardo, aún con toda la buena voluntad del mundo, cosa que el Padre Pérez nunca se atrevió a negar a nadie, era el verdadero superior-dictador en aquella casa.

O mejor, esa fue apenas la confirmación porque ya había ido entendiendo algo poco a poco en aquellos primeros meses de vida en la comunidad. Lo entendía, por ejemplo, cada vez que estaban en el comedor y, al sonar el teléfono, el superior fáctico y párroco de aquella comunidad miraba seriamente a los dos jóvenes y decía con voz solemne: “¡Teléfono!” La conjunción de mirada y voz sugerían y expresaban clarísimamente, sin dejar lugar a la más mínima duda, que había oído el teléfono, que no estaba dispuesto de ninguna manera a levantarse porque eso no entraba en absoluto dentro de sus competencias, y que quienes se debían levantar eran esos “chicos” que el provincial se había atrevido a destinar a “su” comunidad, rompiendo la paz habitual –compadreo, lo llamarían algunos– en que habían vivido los últimos años. El Padre Pérez y su compañero aprendieron por intuición que no había más remedio que levantarse como centellas a responder el teléfono para evitar que aquella voz volviese a resonar hasta el último rincón de la casa, denunciando la pereza de los jóvenes. Aquella voz calmada, solemne y seria a la vez la tuvo el Padre Pérez metida dentro de la cabeza durante años. De forma que durante mucho tiempo cada vez que oía el timbre del teléfono, la pronunciaba mentalmente y salía disparado a evitar que un segundo ring rompiese de nuevo su paz trayendo a su mente el rostro del padre Gerardo que sin palabras denunciaba su pereza.

Pero el tener una clara idea de dónde estaba el poder en aquella comunidad no le abrió los oídos para entender bien todas las palabras que aquel poder, como todos los poderes que en el mundo han sido, regurgitaba y mucho menos para entender el sentido y significado de esas regurgitaciones. Aquella su primera experiencia con el poder no le quitó la ingenuidad paradisiaca de pensar que, cuando las personas dicen A, piensan A y, cuando B, B. Demostraba así el Padre Pérez que todavía no conocía mucho la psicología del superior, una especial rama de la psicología práctica de la vida religiosa que estudia las patologías habituales en los que pululan durante muchos años por esos cargos. Y así voy terminando con esta digresión necesaria para entender la historia a que me refería al principio de esta crónica que habla de la ingenuidad que caracterizaba al Padre Pérez.

El hecho fue que en otra reunión de aquella comunidad, el padre Gerardo, su párroco y superior fáctico, habló de nuevo con palabras emanadas de su autoridad. Comentó largamente cómo llevaba muchos años distribuyendo las misas entre los padres de la comunidad, cómo era aquel un trabajo arduo y difícil, cómo a veces no se acertaba con los gustos de los miembros de la comunidad, porque era obvio que él siempre quería e intentaba dar gusto a todos y que él como superior, perdón como párroco, no tenía ningún problema en cargarse de misas los domingos, porque total una misa más no era nada para él.

A estas alturas del discurso el Padre Pérez pensaba que no lograba encontrar donde estaba el problema y que, por supuesto, que aquél que era el superior fáctico y párroco lo menos que podía hacer era ponerse más misas que los demás los domingos, porque era prácticamente lo único que hacía en toda la semana, además de organizar la Lotería de Navidad. Esto de la Lotería tenía su cosa. De ella decía que sacaba fondos para la parroquia de los que, por cierto, nunca rendía cuentas, no por ninguna razón sino porque los dictadores nunca se han sentido obligados a rendir cuentas. La Lotería era además una buena razón para justificar numerosas salidas y ausencias de la parroquia durante demasiados días.

Mientras que el Padre Pérez se dejaba llevar por esos pensamientos, siempre tocados por su innata tendencia a la acracia, el padre Gerardo continuaba con su

discurso y decía que, a pesar de llevar muchos años cumpliendo con aquella humilde función en la comunidad, estaba dispuesto a continuar haciéndolo como un servicio a los hermanos pero que ponía el cargo, “mi” cargo –y subrayaba con afectación el “mi”– a disposición de la comunidad por si acaso alguno se ofrecía voluntario para hacer aquel difícil trabajo de señalar semanalmente las misas que los miembros de la comunidad tenían que celebrar. Era ciertamente un oficio ingrato pero estaba dispuesto a seguir con él aunque lo llevaba haciendo desde que empezó a ser párroco en esa comunidad.

“O sea, desde siempre”, pensó el Padre Pérez que, todavía no demasiado ducho en descifrar los segundos sentidos en los discursos de los religiosos y menos de los superiores, no lograba entender cómo se podía hablar durante tanto tiempo de un asunto que a él se le hacía tan trivial y sencillo. No se había percatado todavía el Padre Pérez de que aquel “pequeño servicio” era un instrumento de poder del padre Gerardo sobre la comunidad exactamente igual que las llaves de la cocina en las manos del hermano cocinero del conventón donde había cursado la teología y que el tal padre deseaba seguirlo haciendo pero que al mismo tiempo estaba pidiendo el reconocimiento de la comunidad a su humilde servicio. Para decirlo en plata, pretendía que sus siervos le mostrasen su agradecimiento. Así que, sin pensarlo dos veces, mostrando bien a las claras su ingenuidad, el Padre Pérez dijo: “Yo puedo hacerlo”.

A Dios gracias, no se dio cuenta de los cruces de miradas, llenas de pavor, terror y temblor, que se produjeron entre el resto de los miembros de la comunidad. Esas miradas dejaban muy claro que acababa de tocar algo que era, por definición, intocable. Incluso los que por dentro se alegraron de que alguien se hubiera atrevido a decir lo que más de uno pensaba, temieron la reacción del padre Gerardo. Pillado en aquella situación, que no se parecía en nada a la que había previsto y esperado, el padre Gerardo, superior fáctico y párroco de siempre de aquella comunidad, no tuvo más remedio que decir que bueno que si aquel joven se atrevía a hacerlo que de acuerdo, que en todo caso él manifestaba de nuevo su disponibilidad a asumir el citado cargo en caso de que aquel joven viese con el paso del tiempo que no podía con él, que era un cargo muy ingrato porque los demás nunca se habían dado cuenta de lo que él

había sufrido para hacer la vida más fácil a todos los miembros de la comunidad y que él no había dudado en cargarse de misas los domingos a fin de que los otros pudiesen salir y descansar tranquilamente durante los fines de semana, pero que si aquel joven estaba dispuesto a hacerlo que bueno que lo hiciese, pero que no le arrendaba la ganancia.

Así terminó la reunión y así fue como por primera vez y sin darse cuenta, el Padre Pérez atacó los fundamentos del poder fáctico y semi-dictatorial en que a veces se mueve la vida religiosa. Pero es tiempo de parar por ahora y terminar esta crónica en la que hemos tenido la oportunidad de conocer al Padre Pérez, Paco para los amigos, ilustre ingenuo, sencillo representante de la generación sandwich, hombre lleno de sentido común y siempre creyente a pies juntillas en el futuro de la vida religiosa.